CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ES PROPIEDAD.

Eutimio Roldán.

ROSAURA MUÑOZ

(NOVELA SURIANA)

IGUALA 1902

MÉXICO

TIP. ARTÍSTICA, 1ª REVILLAGIGEDO 2

1903

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
86250

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

A mi querido hermano, el inspirado poeta José Antonio Rivera G., en testimonio de profunda y cordial estimación.

El Autor.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

I

EN la Ciudad de los Bravos y en el barrio del Chapitel, donde hoy se yergue jactancioso el mesón de la Luz, con su angosto zaguán de claveteada puerta, pintada la fachada de amarillo y las pequeñas ventanas con rejas de madera, hallábase, no ha mucho tiempo, la célebre posada del tío Pedro.

Componíase de una salita de bajareque, desenladrillada, cuyo pavimento se empapaba en agua, de diario, para asentar la tierra suelta; con

el techo de palma, de grandes aleros y un corredor sostenido en nudosos horcones. El ajuar consistía en una mesa blanca de ocote, sobre la que se colocaba y encendía rara vez, por la noche, un quinqué con el depósito de hoja de lata, y que el desaseo, la mugre y el polvo de varios lustros, habíanla obscurecido y gastado en sus cantos; tres sillas flojas de asiento relajado; dos estampas religiosas en el fondo, sin cuadro, pegadas en la pared con cera de Campeche, desteñidas y pringadas de moscas, con algunas de sus extremidades al aire, roidas ya por la polilla; y una hamaca tendida á lo largo de la pieza.

A cierta distancia de la sala, un jacal derrengado, apabullado en la cubierta y acribillado en sus costados por los cochinos, utilizábase de cocina.

CAPILLA ALFONSINA

La cuadra, junto al seto, no era más que un corralón, formado de palopique. Allí, al sereno por las noches, y á los rayos del sol durante el día, se echaban al raso las bestias roñosas, soñolientas y que estando en los huesos, traían carga de las costas para los mercados del Norte.

Los ginetes y peatones se hospedaban en el corredor, y era caso extraordinario que alguien que pagase bien se aposentara en la estancia, que á la vez servía de alcoba con su tosca hamaca de ixtli.

Hacía el servicio de la casa un matrimonio original: varón y hembra sin prole, tuertos del ojo izquierdo. El, un jayán, indolente, zafio y descomedido, metía su cucharada en las charlas de los huéspedes, mayormente cuando se trataba de política; era un oposicionista rabioso al gobierno que regía. Ella nunca despegaba los

labios, ni para bien, ni para mal. Hacía los quehaceres domésticos, cerrado el morro, cabizbaja y lenta. Faltábanle algunos dientes y esto hacía que el labio superior se plegase á la encía. Pecosa de suyo y rugosa del cutis por los años, tenía el talante de una auténtica maritornes.

Se servía mal y se cobraba caro. Ya se ve, era la única posada del pueblo.

En la mañana del 20 de Octubre de 1878, seis personas tumbadas en el suelo y alineadas las cabezas contra el muro del edificio, roncaban en todos los tonos.

Una de ellas se incorporó bruscamente y llamó:

—¡Sacristán. . .! ¡Sacristán!

Un bulto en el ángulo del corredor se revolvió prontamente, arrojó el zarape hasta la mitad de su cuerpo y sentándose semidormido, respondió:

CAPILLA ALFONSINA

—Señor. . . ! ¿Ya?

—Son las dos de la mañana—observó el que llamaba,—recuerda á Chico, echen pastura y maíz y en seguida ensillen.

Y volvió á cubrirse la cara con el cobertor, seguramente con intención de reanudar el sueño interrumpido.

—Voy. . . . voy. . . .brrr. . . .—musitó el criado.

Llamábanle Sacristán, por remoquete, al mozo de estribo, un indio de pura sangre, un si es no es ladino y charlatán, demasiado inútil, de cuarenta y seis años aproximadamente, pues su rostro lampiño, enjuto é insignificante, no definía la edad. Se calzó sus zapatos bayos que ató con anchas correas, apretó las cintas de sus calzoncillos, bostezó persignándose la boca, y envuelto en su *muzga* fuese al corral á poner en obra las

órdenes del que aparecía como jefe de aquel grupo.

Sonaban los tres cuartos para las tres en el reloj de la Parroquia, cuando montaban cuatro de los que formaban en la expedición. El criado de á pie, Chico Valor, descendiente legítimo de Axayacatl, pintorreado profusamente del cuerpo, sin un pelo de barba, de color atezado y ya viejo; y otro, compañero al parecer de los ginetes, se hallaban desmontados, apoyándose el último en un bastón.

—Tú, Sotero,—expresó cariñosamente el que encabezaba la partida, el mismo que despertó á Sacristán—te remudarás en el camino con Basiliso (dirigiéndose al compañero de á pie) ya ves que no hay caballerías para todos, hermano.

—Qué importa—objetó el del bastón—¡Arreen!

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Y salieron todos, uno tras otro, camino de los Puentes.

La mañana era clara y húmeda. En el cielo cintilaban radiosas las estrellas. Ningún ruido interrumpía la calma que adormecía Naturaleza. Una brisa fresca venía del Norte. Envueltos hasta los ojos con el abrigo, comenzaron á flanquear el monte. El sendero calcáreo y guijoso, con sus ángulos agudos y sus curvas dilatadas, serpenteaba entre palmas que balanceaban sus abanicos á impulso de las rachas; y á veces, se ocultaba entre el césped y los matojos, allá en el fondo de los barrancos.

Dos horas después el canto de los gallos, el mugir de las vacas y algunas que otras lucecillas que brillaban adelante y á intervalos como fuegos fatuos, hacían presumir la cercana presencia de un poblado. Y era verdad. A poco atravesaban el case-

río de Zumpango, pasando de largo para internarse en la cañada.

Las primeras luces del Oriente fijaron una mancha clara y brillante, con tonos de grana, en el horizonte, y comenzaron á opacarse las estrellas.

—¡Demonio!—exclamó el que caminaba á pie, tras de las cabalgaduras y delante del peatón.—¡El caballo de Basiliso es colituerto! mal presagio. . . . No le monto, nó!

Pararon todos sus caballos, rodeando á Basiliso, un joven chaparro y regordete, de veinte años de edad, rojo como un pimiento, con un bozo bermejo sobre el labio superior y algunos vellos azafranados en los carrillos, á guisa de patillas: de mirar cándido y con la boca de labios carnosos, siempre sonriente.

—¡Famoso jamelgo!—gritó el jefe mirando el ginete y el caballo alter-

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

nativamente—Traes contigo un tesoro, manís!

Una risa general á la que secundó el que respondía por Basiliso, sonó en la hondonada, repercutiendo el eco los montes.

—Y además gacho—tirando de una oreja del animal,—apenas pudo decir, por la risa que le embargaba, el otro de la comitiva que hasta entonces no había desplegado los labios, Nacho Quijano, un mozo de la misma edad cuasi que la de Basiliso, gangoso, canijo, picado de viruelas, con el pelo híspido, y abundoso como de escobillón, la boca lujuriosa, una nariz de Borbón y los ojillos malignos, pequeños y verdosos de gato montés.

Otra risotada incisiva y prolongada.

—Vamos. . . . y tú?—le apostrofó Basiliso, llevándose las manos á la